

Aldous Huxley.

## ¿QUIEN ERA D. H. LAWRENCE?

**L**AWRENCE fué en cada instante de su vida inevitablemente artista. Si, inevitablemente, esta es la verdadera palabra; porque hubo para él también momentos en que quiso escapar a su destino. En una carta a Eduardo Garnett, pregunta: «¿Por qué, por qué hemos de dejarnos molestar por la literatura y otras locuras semejantes? ¿Por qué no podemos llevar una vida razonable y honrada, sin que nos molesten los críticos del «Pequeño Teatro»? A pesar de eso amaba Lawrence su destino, y el arte de que era maestro. Sea como sea, querer o deber, esto en último término no tiene importancia, ante la evidencia de que Lawrence estuvo en el verdadero sentido de la palabra poseído por su fuerza creadora. No podía hacer otra cosa. No le quedaba otro camino que someterse a aquel extraño poder que dentro de él creaba sus obras de arte. Lawrence se sometía a él completamente y con humildad. ¿Es realmente difícil luchar contra la propia imaginación—y tirar todo por la borda? Es como si estuviera uno desnudo para dejarse atravesar por el fuego divino. Y este es un sentimiento terrible. «Hay que ser muy religioso para ser artista». En cambio, pudo agregar: Hay que ser un artista muy fuerte, consciente de la inspiración y de la fuerza ineludible del genio, para ser religioso. El talento propio y característico de Lawrence era

una sensibilidad especial para aquello que Wordsworth llama «formas desconocidas de la existencia». Siempre tenía consciencia del misterio del mundo, y el misterio era para él siempre el Numen Divin. Lawrence, en oposición a la mayoría de los hombres, no pudo olvidar nunca que fuera de los límites de la consciencia humana hay una existencia oscura, algo «Otro». Esta sensibilidad especial iba a parejas con una gran capacidad para revestir lo inmediato vivido, con formas artísticas. De esta especie era el talento verdaderamente propio de Lawrence. Esto nos explica mucho. En primer lugar su posición frente a lo sexual.

Sus propias experiencias como hijo y amante, pueden haber intensificado su dedicación exclusiva a este tema, pero seguramente no lo motivaron. Fueran cuales fueran sus propias experiencias, Lawrence estaba obligado a ocuparse de lo sexual; su esencia lo obligaba a ello. La experiencia sexual significaba para Lawrence, que en la vivencia se concentraba como en un foco luminoso, el conocimiento inmediato, no espiritual, del «Divino Tú». Un foco luminoso de «lo Nocturno». Expresado paradójicamente ese «Algo» que no somos nosotros mismos sería sin embargo algo que vive en nosotros. Esta quintaesencia de «lo que está afuera», del «Divino Tú», es sin embargo, el sentido de nuestro ser íntimo. «Y a Dios, el impenetrable, el inconocible, lo conocemos en la carne, en la mujer. Ella es la puerta de nuestra entrada y de nuestra salida. En ella volvemos a Dios; pero igual como los testigos de la transformación de Cristo, ciegos e inconscientes». Si ciegos e inconscientes; porque si no es así, es la revelación, no del «Divino Tú», sino de un mal muy humano. ¡Qué horror sentía frente a todos los Donjuanes, ante todos los lujuriosos de los sentidos, sapientes y conscientes! ¡Y cuán amargamente despreciaba la opinión del Wilhelm Meister, que veía

en el amor un medio de educación, un medio para la cultura, un masaje del alma! Mal usar el amor de este modo, conscientemente y con intención, lo encontraba Lawrence errado, y le parecía casi una blasfemia.

Para un hombre que posee el talento de aprender el secreto de lo «Otro», el verdadero amor tiene que ser (para hablar como Lawrence), necesariamente «nocturno» del mismo modo como el verdadero saber es nocturno y de intuición sensible, un ir a tientas en la noche. El hombre habita, para su propia comodidad, en un universo hecho por él mismo, en medio del mundo grande y extraño, del macrocosmos, y de la propia incertidumbre acerca de sí mismo. En la ilimitada oscuridad de aquel mundo cava la luz de su propio pensamiento rutinario una pequeña cueva iluminada—un túnel luminoso en el que vive y tiene su existencia desde el nacimiento de su consciencia hasta la muerte de ésta. Para la mayoría de nosotros significa este túnel luminoso, el mundo entero. No tomamos en cuenta la oscuridad alrededor de él, o cuando se nos impone con insistencia, la menospreciamos, por miedo. Eso no hacía Lawrence. Tenía ojos que más allá de las murallas de la luz, podían mirar lejos, en la oscuridad. Antenas sensibles que lo mantenían siempre despierto. No podía satisfacerle un túnel humano hecho por él mismo. No podía comprender como otros se contentaban con eso. Por lo demás—y en eso era diferente a los otros, a los grandes filósofos y a los hombres de ciencias—no quería agrandar el plano iluminado, sino que afirmaba la oscuridad circundante y se sentía en ella a gusto.

La mayoría de los hombres viven en un pequeño charco de luz que arrojan con los focos de la costumbre; pero también existe una iluminación pura y fuerte, producida por el intelecto objetivo y científico. Ambas fuentes de luz parecían sospechosas a Lawrence. Ambas parecían falsificar aquello que para él significaba

la realidad sentida en su forma absoluta: la oscuridad del secreto. «Mi verdadera religión», —expresó ya en 1912—«es la fe en la sangre y en la carne, que son más sabios que el espíritu». «Podemos errar en el espíritu, pero lo que siento, cree y dice la sangre, es siempre verdadero». «Su rebelión apasionada contra el saber encontraba muy a menudo expresión en frases realmente fantásticas y arbitrarias. Eso no era incapacidad, porque Lawrence poseía, además de su singular talento una inteligencia extraordinaria y potente. Además del genio, tenía una buena cabeza. Pudo haber comprendido totalmente los fines y métodos de las ciencias si hubiera tenido tal intención. En realidad las comprendía perfectamente y por esa misma razón las desechaba por su esencia. Porque los métodos de las ciencias y de la filosofía crítica eran incompatibles con el ejercicio de sus cualidades: la aprehensión inmediata y la expresión artística del divino «otro». Y la finalidad de la ciencia que consiste en poner más y más lejos los límites de lo desconocido, no podía estar de acuerdo con sus intenciones, que consistían precisamente, en quedar lo más posible en contacto con el secreto circundante. Por eso desechaba, a pesar de su inmenso prestigio, las ciencias y la filosofía crítica. Permaneció absolutamente fiel a sí mismo. No trató de explicar, ni de definir su saber inmediato acerca del misterio, ni siquiera hizo el ensayo de reemplazarlo por un saber abstracto. Prefirió vivir y saber vivir a los demás.

Lawrence no quiso saber nada de ninguna cosa que no tuviera correspondencia con el numen que vivía en él mismo. De ahí su principio estético que el arte tiene que ser totalmente espontáneo, y como el artista, imperfecto, limitado y perecedero. De ahí también su principio ético, según el cual el mayor deber moral del hombre consiste en no tratar de vivir por encima de su capacidad humana, y más allá de los límites

de su haber psicológico heredado. El arte debe creía él, florecer en un impulso inmediato a la comunicación y expresión de sí mismo, debe perecer con la disolución de ese impulso. De todos los materiales de construcción amaba Lawrence la arcilla. Le atraía su extraordinaria plasticidad y su caducidad. No podían existir pirámides eternas de arcilla, ni tampoco templos de Partenón matemáticamente exactos. Lawrence amaba a los etruscos, porque edificaban sus templos de madera, materia igualmente caduca como la arcilla, y que ya no existían. La piedra lo oprimía con su solidez indestructible, con su capacidad para adoptar las formas duras e implasmables de la geometría pura, y conservarlas para toda una eternidad. Los edificios grandes le producían malestar, aun cuando fueran de una belleza acabada. Un malestar semejante sentía en presencia de cualquier obra de arte acabada en su perfección. En música le gustaba la canción popular, como forma delicada y diáfana salida del impulso espontáneo. La sinfonía lo aplastaba, le parecía demasiado poderosa, elaborada con excesiva consciencia y cuidado. Estaba firmemente decidido a no dejar que alguna de sus obras fuera pretenciosa. Las hacía florecer de la profundidad de su saber, dejándolas tomar su propio curso, y nunca hubiera usado de su intelecto consciente para imponerle la apariencia de una perfección sobrehumana. Esa era su característica, casi nunca cambiaba ni corregía lo ya escrito. Aun le he oído decir a menudo que era incapaz de corregir. Cuando estaba descontento con algo que había escrito, no limaba, recortaba y transponía como lo hace la mayoría de los escritores, sino que comenzaba de nuevo. Creo que existen tres manuscritos completos y totalmente diferentes de «El amante de Lady Chatterley», ¡Y esta no fué la única novela que escribió más de una vez! Estaba decidido a hacer surgir todo lo que escribía en forma inmediata

de la fuente de fuerzas misteriosas y sobrehumanas. Lawrence sostiene que nunca debe ser permitido al intelecto consciente inmiscuirse posteriormente en lo creado, para imprimirle su esquema abstracto de perfección.

«Me exigen forma; esto quiere decir que quieren que yo use su forma perniciosa, miserable, esquelética, y eso no lo quiero». Esto lo decía acerca de sus novelas. Pero lo mismo puede aplicarse a su vida. «Cada hombre», exigía Lawrence, debe ser un artista de su vida y debe modelar su propia línea ética. El arte de vivir es mucho más difícil que el arte de escribir. «Es mucho más delicado amar, ganar amor, que explicar el amor». Y por eso mismo se debe ejercer el arte con la sensibilidad más refinada, despreciando a aquella dañina y esquelética forma de la moral que los hombres tratan de imponerle a uno. La tarea de un buen artista consiste en ser fiel en la vida, a su naturaleza. Tiene que tomar el material que le es dado. Las debilidades y lo oscuro, al mismo tiempo que el sentido y las virtudes, la misteriosa oscuridad y lo del «más allá», no menos que la luz de la razón y del Yo consciente; debe tomarlo todo y tejer con ello, armoniosamente, su dibujo propio y no el de otro.

Desde el comienzo de su carrera, consideraba Lawrence sólo el politeísmo como apropiado a la esencia del hombre. Un Dios tiene el mismo derecho a la existencia como otro Dios. Los oscuros son divinidad pura del mismo modo que los claros. Su politeísmo era democracia pura. De su concepción de la esencia del hombre resultaba la formulación de dos tesis sorprendentes, una ontológica y otra ética. De la primera se podría decir que es la doctrina del sin sentido cósmico. «No hay sentido. Vida y amor son vida y amor; un ramo de violetas es y sigue siendo un ramo de violetas, y encontrar un sentido en eso significa destruirlo todo. Vive y deja vivir, ama y deja amar,

florece y desaparece, y sigue la línea natural que fluye sin sentido. «La falta de sentido ontológico tiene su complemento ético en la doctrina de la despreocupación.» Ud., será simplemente devorado por el *preocuparse*. Ud., está tan ocupado de preocuparse, por el fascismo, por la Liga de las Naciones, de si la Francia está o no en su derecho, o si el matrimonio está amenazado; que nunca sabe, donde Ud. mismo, está parado. Ud., nunca vive en el lugar en que está. Ud., habita el espacio abstracto, el vacío gris de la política, de los principios del derecho y del no-derecho, y así sigue Ud., condenado a lo abstracto».

La fidelidad a su genio no lo dejaba libre. Lawrence tenía que insistir en aquellas fuerzas misteriosas de «lo otro», que afuera están esparcidas y adentro concentradas; cuerpo y alma del hombre. No pudo hacer nada de otra manera, a pesar de que como novelista se amontonaba el mismo, un serio obstáculo con ello. Porque según su modo de ver, la mayoría de las actividades del hombre eran desviaciones más o menos criminales de su verdadera ocupación: vivir humanamente. El se negaba a escribir sobre tales desviaciones, y esto quiere decir que se negaba a escribir acerca de las actividades principales de nuestro mundo contemporáneo. Pero como si aun no le bastara esta limitación drástica de su objeto, pasó más allá y se negó a escribir en una de sus novelas de personalidades humanas, en el sentido tradicional de las palabras «El Arco Iris» y «Mujeres Amantes» ( y casi todas sus novelas) son la aplicación práctica de una teoría que está explicada, en una carta, muy interesante e importante, a Edward Garnett, y que lleva la fecha de 5 de junio de 1914. «En cierto modo es para mí más interesante, lo que hay de físicamente inhumano en el hombre que el anticuado elemento humano que lo obliga a uno, a imaginarse el carácter, según un esquema moral determinado y elaborado consecuente-

mente. Ud., rechaza este esquema moral determinado. En Turgeniew, Tolstoy y Dostoiewsky, es el esquema moral en el que caben todos los caracteres, y es casi siempre el mismo esquema—por extraordinarios que sean los caracteres mismos—como, anticuado, muerto. Me preocupo poco de lo que una mujer siente—en el sentido común de la palabra. Sentir supone un ego, que puede sentir. Sólo me preocupo de lo que la mujer es, lo que ella es. Inhumanamente, fisiológicamente, materialmente... En mis novelas no debe buscar Ud., el Yo fijo y tradicional del carácter. Todavía existe otro Yo según cuyas acciones el individuo se hace irreconocible, y recorre por decirlo así estados alotrópicos. Se necesita aplicar una capacidad sensitiva más profunda que la que estamos acostumbrados a usar».

El conocimiento de Lawrence acerca del artista, era por lo que se ve, conocimiento personal. Sabía de propia experiencia que el verdadero poeta o escritor es en el fondo un ser individual que no debe mezclarse con la masa, y que se traiciona a sí mismo cuando persigue con demasiada ansia los deseos ordinarios de los hombres. Todos los artistas conocen este hecho propio de su especie, y muchos nos han transmitido este conocimiento; y aun con pesar, porque estar de verdad desprendido interiormente no es un agrado. Lawrence sufrió seguramente toda su vida con la soledad a lo que lo condenaba su talento. «Uno no tiene verdaderas relaciones humanas—y eso es tan aplastante. «Uno no tiene verdaderas relaciones humanas»—esta es la queja de todos los artistas.

Lawrence poseía, según la ocasión, una facilidad extraordinaria para entrar en relaciones próximas con casi todos los hombres con que se encontraba. «Aquí (en la pensión de Bournemouth, donde vivió en 1912 después de su enfermedad) quedó muy enredado en la vida de otros hombres —y esto es tan interesante,

a veces un poco doloroso, pero también es divertido. Me acerco rápidamente a la gente y eso resulta complicándome la vida. Por otro lado, no tengo nada en contra de pequeños enredos». Su amor al arte, en cambio, era más grande que su amor a los enredos, y siempre cuando el enredo ponía en peligro su actividad como artista, lo sacrificaba y se retiraba. La única relación profunda de Lawrence era la que lo unía a su mujer. «Es sin esperanza para mí», le escribía a un colega, «tratar de emprender algo cuando no tengo a mi mujer detrás de mí... Böcklin—u otros semejantes a él—sólo podía sentarse en el café con la espalda hacia la pared. Yo no me puedo imaginar al mundo sin la mujer a la espalda... Una mujer que yo amo, me pone en contacto inmediato con lo desconocido.»

En general, estaba condenado, por su modalidad en lo esencial, a vivir solitario. «No quiero vivir más en este tiempo», escribía. «Lo conozco, y lo rechazo». En la medida que me sea posible quiero poder estar fuera de este tiempo, quiero vivir mi vida y ser feliz en lo posible. Aunque todo el mundo caiga como horror al precipicio sin fondo... Yo creo que la mayor virtud consiste en ser feliz, en vivir con la mayor verdad posible, y no dejarse vencer por las falsedades de un tiempo «Personal». Este adjetivo es muy significativo. De todas las palabras de menosprecio que se puedan aplicar a nuestra época poco agradable, es «personal» seguramente más o menos el último que se nos ocurriría a la mayoría de nosotros. Para Lawrence este adjetivo era el primero. Su talento consistía en sentir y reflejar lo desconocido, lo misterioso, lo «otro». A alguien dotado de este talento tenía que parecerle casi toda época indebida y peligrosamente personal. Tenía que desecharla y huirla. Pero huyendo no podía otra cosa que lamentar la falta de «relaciones humanas

verdaderas». Lawrence ha tratado obstinadamente de crear una relación con la comunidad humana.

Creo que era el sentimiento de desconexión lo que empujaba a Lawrence en su incesante peregrinación alrededor del mundo. Los viajes eran para él al mismo tiempo huída y búsqueda: búsqueda tras alguna sociabilidad con que pudiera entrar en contacto, «tras un mundo, en que los tiempos no fueran aún personales y en los que el haber consciente no hubiera aún retorcido la vida, una huída de las miserias de la sociedad a que pertenecía y de la que a pesar de su desconexión como artista, se sentía profundamente responsable. Su búsqueda era infructuosa, tal como su huída quedaba sin resultado. No pudo escapar ni a su nostalgia ni a su sentimiento de responsabilidad; y nunca encontró a una sociedad a la que pudiera haber pertenecido. Con una especie de desesperación, se precipitaba más y más profundamente en el secreto circundante, en la oscura noche de «aquello otro», cuya esencia y símbolo es la experiencia sexual.

Basta de explicación y de interpretación. Para los que han conocido a Lawrence no es esto lo más importante, sino que él haya sido así, como era. . . .

La convivencia con Lawrence era siempre aventurera, como un viaje de exploración en tierra nueva. Porque él mismo, ciudadano de otra ordenación del mundo, habitaba un universo diferente al de la generalidad, un mundo más amable, más intenso. Él miraba las cosas con los ojos de un hombre que ha estado en la orilla de la tumba, y al que el mundo se descubre desde la oscuridad en toda su belleza y con todos sus milagros. La existencia le parecía un sólo y largo proceso de convalecencia; como si cada día de su vida hubiera sanado nuevamente de una enfermedad mortal.

Su gran encanto como amigo consistía en que nunca

le aburría algo, y que por lo tanto no podía él mismo aburrir a nadie.

Ningún trabajo le parecía demasiado nimio, o trivial, como para que no le hubiera valido la pena de emprenderlo y realizarlo. Sabía cocinar, coser, podía zurcir calcetines y lechar vacas, era un buen leñador y tenía facilidad para bordar. Los fuegos hechos por él siempre ardían bien, y un suelo lavado por Lawrence estaba realmente limpio. Además, poseía la facultad más admirable aun, en un hombre muy nervioso e inteligente; la facultad de no hacer nada. Podía estar simplemente sentado y estar completamente contento, y su contento era, cuando uno estaba con él, verdaderamente contagioso. Igualmente contagioso eran sus caprichos repentinos y su risa. Aun en los últimos años de su vida, cuando la enfermedad comenzaba a vencerlo y a matarlo lentamente, volvía a veces a reír como en sus buenos tiempos. Desgraciadamente al final se hacía amarga esta risa.

Le he oído hablar a menudo de los hombres y sus quehaceres con una burla de tal modo demoníaca, que a pesar de la fogosidad poco común y de la profundidad de lo que expresaba, era doloroso oírlo. El secreto conocimiento de su decadencia lo invadió en los últimos años de su vida con una tristeza avasalladora. Esta tristeza se manifestaba a veces por medio de verdaderas explosiones de furia. La falta de decoro sentimental. La furia como exteriorización sentimental le parecía menos indecente. A una melancolía resignada o quejumbrosa prefería la furia. Se vengaba del destino que lo obligaba a la tristeza, burlándose de todo. Y como su tristeza de hombre que se acaba lentamente, era indeciblemente profunda, su burla tenía que llegar a ser horriblemente amarga.

La vitalidad tiene tanta fuerza de atracción como la belleza y en Lawrence borboteaba una fuente inextinguible de vitalidad. Mientras que según el pro-

nóstico médico, debía haberse muerto mucho antes, seguía la vitalidad fluyendo en él y deshaciéndose de vez en cuando, como un gran globo de espuma se deshace en el sol. Durante los últimos años parecía una llama que palpita al apagarse, pero que como por milagro seguía ardiendo, a pesar que le faltaba el alimento. Y uno se acostumbraba, a pesar de tan repetidos sobresaltos, a seguir viendo palpar esa llama que en su lámpara rota y vacía se consumía a sí misma, que se tentaba a creer que ese milagro pudiera durar eternamente. Pero esto no podía ser. Y cuando yo, después de una separación de varios meses, volví a ver a Lawrence en la primavera de 1930 en Vence, terminaba el milagro, la llama que palpitaba todavía al ahogarse, se apagó algunos días después.

Traducido especialmente para «Atenea» por LUISA FREY GABLER.